



ESTRATEGIA PARA DESARROLLAR EL PENSAMIENTO CRÍTICO: EL DIÁLOGO

Gloria Rodríguez Morúa¹

Instituto Politécnico Nacional
gloriarm7@yahoo.com.mx

Virginia Davalos Osorio
Instituto Politécnico Nacional
Davalos6@gmail.com

Alma Lucía Hernández Vera
Instituto Politécnico Nacional
Alma_lucy23@hotmail.com

Resumen

El presente artículo se deriva de la investigación que se realizó en el Nivel Medio Superior del Instituto Politécnico Nacional de México, con registro ante la SEP 20172208, y tiene como objetivo hacer una reflexión en torno al diálogo como estrategia de enseñanza para desarrollar el pensamiento crítico en los alumnos, competencia transversal que está propuesta en los programas de estudio.

Palabras clave: diálogo, estrategia de enseñanza, pensamiento crítico en estudiantes

Con frecuencia en las escuelas se escuchan comentarios de los docentes: “los alumnos no piensan”, “no preguntan”, “no analizan”, “no se informan”, “sólo repiten información que escuchan”; éstas son algunas apreciaciones que nos permiten entender que las quejas de los profesores señalan que los

jóvenes no han desarrollado un pensamiento crítico.

Este artículo parte de las siguientes preguntas: ¿Se puede desarrollar el pensamiento crítico en los alumnos? ¿Cómo hacerlo si tenemos tan poco tiempo de clase y tantos contenidos para enseñar? ¿Existen



estrategias definidas para desarrollar este pensamiento en el salón de clases? Estos son algunos de los cuestionamientos que expresan los profesores al escuchar el concepto de pensamiento crítico y la importancia de fomentarlo en el aula.

Una problemática actual que impide el desarrollo del pensamiento crítico es que los docentes limitan su enseñanza en el aula sólo al desarrollo de competencias disciplinares de su materia y dejan relegada esta competencia transversal: el pensamiento crítico. Incluso hasta se considera conveniente crear una unidad de aprendizaje para tal fin.

Las investigaciones demuestran que sí es posible desarrollar esta forma de pensamiento por parte de los docentes dentro del aula y con los contenidos de las unidades de aprendizaje, y que existen estrategias precisas que se pueden utilizar en función de lograr este objetivo. Una de las principales estrategias es el diálogo, una forma de comunicación sobre la cual trata este trabajo. (Lipman, 1998).

El desarrollo del pensamiento crítico en el bachillerato es una meta educativa propuesta en los planes de estudio del Instituto Politécnico Nacional, esto debido al cúmulo de información a la que están expuestos los jóvenes, por ello es preciso hacer una pausa para que reflexionen sobre lo que leen y lo que escuchan en los diferentes medios de comunicación y redes sociales.

Una estrategia que se considera relevante para adquirir el pensamiento crítico es que los maestros lo fomenten en el aula, y también que ellos sean un modelo para la adquisición del pensamiento crítico, pues sólo en la medida en que ellos piensen críticamente podrán transmitirlo. Si este pensamiento no está desarrollado en el docente esa deficiencia será una barrera que impedirá lograr este fin,

pues sabemos que no se puede enseñar lo que no se sabe. Al pensar con profundidad los profesores podrán auxiliar a los estudiantes a pensar de la misma manera. Para enseñar críticamente se tiene que pensar críticamente.

Por lo anterior, es importante que el docente cuente con estrategias precisas que pueda aplicar dentro del aula para desarrollar este modo de pensamiento, ya que el cometido de las instituciones educativas no es sólo que el alumno memorice y repita conceptos sino, ante todo, aprenda a aprender, y con ello logre autonomía intelectual.

Existen diversas definiciones sobre el pensamiento crítico, una de ellas es la propuesta por Robert Ennis (1985), quien plantea que este concepto se define como el pensamiento racional y reflexivo que nos permite decidir qué hacer o creer. Permite reconocer lo verdadero de lo falso. Es un pensamiento del cual surge otro a partir de la reflexión que se realiza.

Un pensador crítico se identifica independientemente de sus habilidades cognitivas, así como por su disposición a enfrentarse a los problemas y retos en la vida. Las características que muestra en la vida cotidiana una persona que ha desarrollado este pensamiento son: mostrar curiosidad por investigar un amplio rango de temas o asuntos, preocupación por estar y permanecer informado, tener una mente abierta para considerar diferentes puntos de vista distintos a los propios, abrirse a la posibilidad de cuestionar el propio pensamiento, su flexibilidad para tomar en cuenta otras alternativas y opiniones, e imparcialidad al valorar diversos razonamientos, entre otros aspectos.

De ahí la necesidad de que el aprendizaje esté orientado no tanto a repetir o reproducir saberes parciales previamente



establecidos sin ponerlos en duda, sino hacia una cultura de la comprensión, del análisis crítico, de la reflexión de lo que hacemos y creemos estar dispuestos a aprender permanentemente y a disfrutar. Solamente al adquirir un pensamiento crítico se podrá lograr autonomía en el aprendizaje.

En la escuela se puede fomentar el desarrollo de este tipo de pensamiento, por lo que se enfatiza la importancia del diálogo y la formulación de preguntas para tal fin. (Pitman, 1998).

Se afirma que el pensamiento crítico dirige al ser humano hacia el conocimiento, en la medida en que puede ver, oír, leer y aprender lo que desee, y tanto cuanto desee; nunca sabrá nada, excepto sobre lo que haya reflexionado; sobre aquello que por haberlo pensando lo ha hecho propiedad de la mente, y esto lo logrará con la guía y la acción facilitadora del docente en el aula, a través de las estrategias y los ambientes que diseñe y estén presentes en su planeación de clase.

Existen algunos teóricos como Dewey (1989) y Lipman (1998), quienes señalan que el pensamiento crítico se puede enseñar a los alumnos en las aulas, y no sólo se debe enseñar en el nivel superior de estudios, sino que es preciso hacerlo durante la educación básica, es decir, desde la primaria y la secundaria. Esto, debido a que en la posmodernidad el conocimiento se relaciona con una multiplicidad de verdades inciertas en las que resulta preciso tener estrategias para utilizar en el salón de clases para que los jóvenes puedan reconocer lo que es falso y lo que es verdadero, y argumentar sobre ello.

Una de las estrategias principales para desarrollar el pensamiento crítico, según Lipman y Dewey, es el diálogo, quienes parten de la idea de que el aprendizaje se construye socialmente y se aprende en colaboración, en

la relevancia de argumentar el propio pensamiento con los otros. Lo cual nos permite descubrir equivocaciones y aportar nuevos argumentos cuando se discute al debatir nuestras ideas con otras personas, además de fomentar un diálogo permanente por medio de la formulación de preguntas. El reconocimiento de errores, ya sean nuestros o del interlocutor, dará paso a un nuevo conocimiento.

De ahí que la postura del docente para desarrollar este pensamiento tiene que cambiar, al convertirse junto con el joven en un *coconstructor* de conocimiento, al deja su postura de verticalidad en la enseñanza para convertirse en un *coaprendiz* con el alumno.

Paul y Elder (2005) señalan que el propósito del pensamiento crítico es crear pensadores autónomos; que los jóvenes no sigan como doctrina y a ciegas lo que otra persona les dice, así sea el propio docente, sino que pongan en duda lo que ven y escuchan, para que ellos construyan su propia interpretación de la realidad.

Suele pensarse que lo anterior puede dar lugar al individualismo y a pensar de manera egoísta, pero esto es incorrecto; por el contrario, cada pensador, al estar inmerso en una sociedad, a partir de su conocimiento puede desarrollar argumentos que apoyen su postura, y después de reflexionar sobre ellos estará en posibilidad de emitir un juicio objetivo (Lipman, 1998).

Para establecer un diálogo se necesita un tema de conversación o un problema a solucionar, el docente puede recurrir a las preguntas en el aula para mantener el rol activo del estudiante y así fomentar la conversación, y a través de ellas movilizar los conocimientos. Las preguntas pueden utilizarse como estrategia, con una intencionalidad. Éstas pueden ser de diferente



tipo y sirven para recordar, traducir, interpretar, analizar, evaluar. Con una pregunta puede iniciarse una conversación grupal. Existen diferentes tipos de preguntas para utilizarse en el salón de clases. El objetivo de las preguntas es desencadenar diversas respuestas que permitan conocer información relevante acerca de los conocimientos de los jóvenes. Éstas pueden ser diversas: lineales, circulares, estratégicas y reflexivas.

Las preguntas lineales son aquellas que permitirán orientar al profesor acerca del conocimiento que los estudiantes tienen sobre el tema. Por ejemplo, cuando se les plantea una pregunta específica como: ¿Qué entiendes por ética? Las respuestas a este tipo de preguntas son de utilidad para conocer la definición de un concepto y explorar sus saberes específicos, ya que provienen de preguntas cerradas que permiten reconocer sus conocimientos previos.

Las preguntas circulares se utilizan para crear interacciones entre los estudiantes. Por ejemplo, ¿quién crees que esté de acuerdo con el concepto que acabas de dar? ¿Quién crees que esté en desacuerdo?

Las preguntas estratégicas se utilizan con la intención para provocar cambios en la manera de apropiarse del conocimiento.

Las preguntas reflexivas tienen la intención de capacitar a los estudiantes para que, por sí mismos, adquieran nuevos conocimientos que les permitan hallar solución a los problemas que enfrentan. Por ejemplo, ¿Has reflexionado en torno a la noticia que escuchaste? ¿Es falsa o es verdadera? ¿Qué otras noticias oíste en torno al problema que planteas? ¿Por qué estás de acuerdo con esa noticia?

Por otro lado, la comunidad de aprendizaje es ideal para que surja el

conocimiento mediante la conversación, ya que ésta es una manera en que las personas adquieren conocimientos básicos, pues desde la infancia la primera conversación que tuvimos en comunidad fue con la familia, en cuyo seno planteamos preguntas y dialogamos sobre lo que no entendíamos, en ese contexto aprendimos de manera natural. Mediante la conversación aprendimos a reconocer voces y el momento en que podíamos expresarnos. La conversación la aprendimos en la familia, y es ahí donde adquirimos hábitos morales para comunicarnos. Nos criamos como humanos y en un entorno humano aprendimos a ser humanos.

Si pretendemos que las personas se autorregulen, es necesario tomar en cuenta la experiencia comunitaria original. A partir de esa experiencia las personas pueden elegir, pues se parte de la idea de que toda la vida es una experiencia de aprendizaje. De ahí que se piense que el aprendizaje surgirá de la cotidianidad, de las situaciones ordinarias, de dialogar sobre ellas en una comunidad con intereses comunes (Oakeshott, 2009).

Finalmente, la conversación en el salón de clases puede ser una especie de antesala del diálogo, y éste ocurre sólo cuando las personas están involucradas y establecen una relación mutua y vivencial con los otros. De ahí que el rol del docente es fundamental para crear un ambiente de cordialidad en donde los alumnos se animen a compartir sus experiencias, pensamientos y opiniones en torno a las problemáticas que se planteen. Se precisa poner interés en lo dicho y lo no dicho.

De esta manera, el profesor se convierte en mediador de la conversación, la forma en que se manifiesta el diálogo entre estudiantes, y entre docentes y estudiantes. La única regla que se tiene que establecer es el



respeto hacia los involucrados, a partir de la idea de que todo lo que se diga es importante.

Por tanto, se puede concluir que la relación ideal entre profesor y alumno tendría el carácter de un diálogo cara a cara. Una relación en una comunidad de aprendizaje donde lo más importe sea el respeto y el interés por el otro. En donde el aula se convierta en un espacio para *coconstruir* el conocimiento.

Cabe recordar a Freire cuando decía que los hombres no se hacen en el silencio sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión.

Referencias

- Dewey, J. (1989). *Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre pensamiento y proceso educativo*. Barcelona: Paidós.
- Ennis, R. H. (2005). *Pensamiento crítico: un punto de vista racional*. México. Revista de Psicología y Educación.
- Lipman, M. (1998). *Pensamiento complejo y educación*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Oakeshott, M. (2009). *La voz del aprendizaje liberal*. Madrid: Katz Editores.
- Paul, R. y Elder, L. (2005). *Una guía para los educadores en los estándares de competencia para el pensamiento crítico*. Estándares, principal pensamiento Recuperado de: <http://www.criticalthinking.org/>